

**Los dioses inaccesibles de Miquel Àngel Riera,
o ¿por qué el Occidente Platónico no puede restaurar el Paganismo?**¹

Pau Gilabert Barberà²
Universitat de Barcelona

A María Álvarez

Desde que Lord Alfred Douglas, el amado de Oscar Wilde, escribió aquel poema titulado ‘The Two Loves’ donde se podía leer “I am the love that dare not speak its name”, o, dicho de otro modo, desde el victorianismo moral, ciertos temas ciertamente e innegablemente “espinosos” de la Antigüedad han devenido más problemáticos aún. M. Foucault, en las páginas iniciales de la *Historia de la Sexualidad*, advertía sobre la necesidad ineludible de una liberación real³, pero el amor en general continúa siendo un conflicto y, con independencia de que el filósofo francés podría haber tranquilizado a los lectores de cierto clase de textos antiguos al señalar con clarividencia que incluso la Grecia clásica tomó muchas precauciones respecto de las relaciones pederásticas⁴, lo cierto es que la Literatura no es ajena a una tradición condenatoria.

En principio, el literato, como creador de relatos de ficción, debería poder abordar -bajo su responsabilidad, claro está- todos los temas con libertad y rehuir la presión de cualquier código ético. Algunos sentimientos humanos, censurados por el conjunto de la sociedad y sea cual sea su etiología, continúan aflorando pese al peso severo de los códigos penales. Ha habido a lo largo de las épocas –y continúa habiéndolos- hombres enamorados de la Belleza, hombres que han creído verla encarnada en el cuerpo y el alma de seres adolescentes, puros todavía en su opinión de la decrepitud física y moral que a veces caracteriza a los adultos. Amantes de la juventud, han recibido y reciben el desprecio general, y se les reserva el atributo – ciertamente poco halagador- de “corruptores” abominables, aun cuando se mantengan dentro de los límites de una amistad o compañerismo completamente asexuados⁵. El literato, como decía, debería poder convertir éste o cualquier otro tema “delicado” –repetimos que bajo su responsabilidad- en el centro de un trabajo poético o narrativo, si bien todo parece indicar que los obstáculos a salvar son considerables y que, por consiguiente, la Literatura, arte o ciencia secular, tiene a su alcance métodos adecuados para buscar, si es necesario, la *captatio benevolentiae* de los lectores.

En efecto, M. A. Riera precede su novela de una “nota introductoria” y de una “conclusión del transcriptor” que nos dejan perfectamente situados y prevenidos. Subraya, en primer lugar,

¹ Este artículo fue publicado en el *Anuari de Filologia. Studia Graeca et Latina*, volum XVI, 1993, secció D, número 4, pp. 45-62 y lo presento ahora con ligeras modificaciones.

² Profesor Titular del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de Les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona*. Teléfono: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

³ Cap. 1, vol. 1, “Nosotros, los Victorianos”. Madrid: Siglo XXI, 1984, pp.7-23.

⁴ Vol. II, p. 207.

⁵ No es ahora el momento de hacer un análisis del fenómeno pederástico griego. Lo ha hecho M. Foucault (*op. cit.*, vol. II, caps. IV y V; vol. III, cap. VI) y lo he hecho yo mismo en otros artículos que examinaban precisamente las tesis del filósofo e historiador francés (“Algunes reflexions crítiques al voltant de la lectura de Michel Foucault de *l'Amatorius* de Plutarc”, *Universitas Tarraconensis* XII, 1988-89, pp.37-50; “L’anàlisi del fenomen pederàstic grec a *l’Histoire de la Sexualité* de Michel Foucault: les conseqüències d’una greu ommissió”, *Anuari de Filologia. Studia Graeca et Latina*, vol. XV 1992, pp.33-48. Sin duda, la pederastia griega tiene un fundamento teórico muy negativo –básicamente misógino- y se configura en un contexto social marcado por valores estrictamente masculinos que la “explicaría” en parte, pero ahora se trata de describir sentimientos, de sacarlos a la luz, a fin de no desconocer ningún rincón de la naturaleza humana.

que lo que leeremos “no es el resultado de un gran esfuerzo” (“*no és el resultat d’un gran esforç*”), sino la interpretación exacta de un “texto ajeno” (“*text aliè*”), esto es, de un dietario que le ha entregado el anticuario de “Ciutat”, don Miquel Sampol. Confieso abiertamente que no siento gran interés por saber si tanto el anticuario como el dietario son reales o no –desconfío más del segundo que del primero–, pero, en cualquier caso, el escritor mallorquín no oculta que la presencia de una especial historia de amor en un “cuaderno de contabilidad evidencia voluntad de camuflaje, voluntad de explicitarse y de esconderse a un tiempo, lo que despertó mi curiosidad y me impulsó a proseguir la tarea lentísima de restaurar la escritura” (“*quadern de comptabilitat palesa voluntat de camuflatge, voluntat d’explicitar-se i simultàniament d’ocultar-se, la qual cosa deixondí la meva curiositat i m’esperonà a dur endavant la tasca lentíssima de restaurar l’escriptura*”)⁶.

He aquí, pues, al escritor convertido en “transcriptor”, en “restaurador de textos”, al literato probablemente alejándose con habilidad de su texto. En la conclusión y respecto del protagonista de la novela –el autor del dietario– nos dirá que “la voluntad de mantener en secreto su identidad no debía de llegar hasta el extremo de inducirle a adoptar posiciones de un total hermetismo ocultando así su condición de latinista y poeta... y tergiversando la verdad de su internamiento final en la residencia de sacerdotes, donde finalmente murió” (“*la voluntat de mantenir en secret la seva identitat no devia arribar tan lluny que l’induís a adoptar posicions d’un total hermetisme amb què hauria ocultat la seva condició de llatí i poeta... i tergiversat la veritat del seu internament final a la residència de sacerdots, on finalment morí*”) (16). No obstante, su identidad no debe inquietarnos, puesto que, en último término, el énfasis recae en la creación literaria del personaje, descrito como un “ser muy receptivo y sensible que, inmerso en la soledad de un entorno socialmente cerrado donde no sucedía nada, se fue refugiando más y más en el mundo contenido de los libros... enfermo de literatura” (“*un ésser molt receptiu i sensible que, immers en la soledat d’un entorn socialment tancat on no succeïa res, es va anar refugiant més i més en el món contingut dels llibres... emmalaltit de literatura*”) (16). Si a esto le añadimos que “en lo tocante a la identidad de Alexis” (“*quant a la identitat d’Alexis*”) –el joven amado por el sacerdote–, “no ha podido el copista determinarla... pero... al entregar a la imprenta esta historia ajena lo hace con la sospecha... de que Alexis fue engendrado en una necesaria eclosión imaginativa y que, a nivel de la realidad censable, no llegó a existir jamás” (“*no ha pogut, el copista, determinar-la... però... en donar a la impremta aquesta història aliena ho fa amb la sospita... que Alexis fou engendrat en una necessària eclosió imaginativa i que, al nivell de la realitat censable, no va arribar a existir mai*”) (16), sería inocente no pensar que la “ficción” ha invadido totalmente la escena. Alexis sería la medicina literaria que se autoreceta un “enfermo de literatura” (“*emmalaltit de literatura*”), cuyo texto ha sido transcrito a su vez –es decir creado literariamente– por alguien que conoce muy bien los síntomas y los remedios de esta dolencia.

Después de tanto rodeo –necesario para hacer más digerible la literatura maldita de siempre– podríamos pensar que el orgullo y la osadía del artista quedan definitivamente maltrechos, pero la seducción ejercida por el texto imaginado y construido es lo suficientemente intensa para no ahorrarse la confesión final: “Es por ello que, como si lo hiciera mío, me he decidido a ofrecer una transcripción del mismo” (“*És per això que, com si el fes meu, m’he decidit a oferir-ne una transcripció*”) (16). Todo está a punto, pues, para la lectura de una narración donde, a mi entender, habrá que distinguir dos clases de “dioses inaccesibles”: aquellos que, según el protagonista, surgen espontáneamente en la Naturaleza y que, llenos de Gracia, pueden parecer sagrados, y aquellos otros que, enamorados de una Belleza intangible, habitan por ejemplo en el

⁶ Hasta aquí las citas corresponden a las pp. 15-6 de la edición de Proa, "A tot vent 258", Barcelona 1987, 2a reimpr. 1992. Todas ellas corresponderán a esta edición y a ella se referirá la numeración entre paréntesis. Las traducciones al castellano son mías.

cuerpo y en el alma de un sacerdote adulto y en apariencia retraído. Siervos de Dios, practicantes de una pureza extrema, también ellos -denuncia Alexis- devienen dioses inaccesibles y, por tanto, despreciadores de la dimensión humana del *éros*.

No hay que ser adivino para prever que Platón y su búsqueda incansable de la Belleza ideal así como su tradición secular, a saber, el platonismo constituyen el modelo con que crear un determinado tipo de “sacerdote católico enamorado”. ¿Enamorado de quién? De Dios, sin duda –no debe olvidarse que el cristianismo que hemos conocido es eminentemente platónico, aristotélico, estoico, neoplatónico, etc.-, aunque cualquier tránsito metafísico tiene sus peculiaridades y el platónico, a diferencia del cristiano, ascendió hasta las Ideas después de mantener lazos estrechos con la materia y la sensualidad. En suma, el platonismo pagano no es perfectamente equiparable al cristiano y, al confluir ambos en una misma persona, el conflicto, al menos al principio cuando el segundo no ha triunfado sobre el primero, puede resultar trágico.

El capítulo primero, sin embargo, nos presenta al “sacerdote de edad avanzada”. Efectivamente, como cualquier ser platónico, propenso siempre a “recordar”, la historia comienza cuando rememora su pasado en el curso de un fugaz retorno al pueblo en el cual había ejercido durante años su ministerio y que ha querido homenajearle. Todo provoca en él añoranza y nostalgia, aunque, levemente herido aún -¡y después de tantos años!- por las flechas de un Eros especial, su memoria intenta sobre todo reconocer alguna huella de aquel joven a quien tanto había amado: Alexis. La búsqueda es, empero, infructuosa por dos razones: porque sabe que Alexis abandonó el pueblo hace años y porque:

“...a mí, como es natural, me ha herido... constatar cómo han asumido el impacto del tiempo aquellos que eran... los amigos de Alexis. Ya rastro alguno en ellos, Dios mío, ni lejanos indicios de aquella gracia que en cierta medida ellos también tenían, ni vestigios de aquellas parcelas de belleza donde parecía reflejarse toda la que Alexis, por una cuestión de exceso, no podía retener en sí mismo. ¡Y todo esta degradación en tan pocos años!”.

“... a mi, com és natural, m'ha ferit... constatar com han assumit l'impacte del temps aquells que eren... els amics d'Alexis. Ja ni rastre en ells, Déu meu, ni llunyans indicis d'aquella gràcia que en una certa dimensió ells també tenien, ni vestigis d'aquelles parcel·les de bellesa on semblaven reflectir tota la que Alexis, per una qüestió d'excés, no podia retenir damunt d'ell mateix. I tot aquest ebuscament en tan pocs anys!” (21).

Sería absurdo –y desproporcionado- resumir aquí y ahora el contenido del discurso de la Diotima del *Simposio* de Platón o la palinodia del *Fedro*⁷, pero sí merece la pena subrayar que el talante platónico del personaje que yo antes defendía deviene ahora incuestionable. Da igual que la Belleza intangible se refleje en la sensible, o que, tan pronto como el amado de carne y hueso es divinizado, sean los otros quienes reflejen la suya. Lo que cuenta, al fin y al cabo, es el salto metafísico definitivo que lleva a este hombre a situarse en un ámbito superior o diferente, respecto del cual todo lo demás queda en un segundo plano. El hombre platónico “realizado” es a menudo un hombre trágico, escindido para siempre, que no acierta a aceptar la materialidad y sus lastres: cambio, transformación, envejecimiento, etc. ¿Puede realmente amar? Puede amar en verdad la Belleza, el Bien, a Dios, y puede amarlos con naturalidad, pero, si debe “descender”, lo hace con plena conciencia de su degradación.

De hecho, los griegos hablaron ya de la inestabilidad de cierto tipo de amante masculino. También en la pederastia –dice Pausanias en el *Simposio*-, vemos quién rinde culto a Afrodita Urania y quién a Afrodita Pandemos (181b-d):

⁷ 201d-212; 244a-257b.

‘Así, pues, el *éros* de la Afrodita Pandemos es verdaderamente vulgar y lleva a término lo que le corresponde; éste es el amor que quieren los hombres vulgares. Los de esta clase aman, en primer lugar, a las mujeres no menos que a los niños; en segundo, sus cuerpos más que sus almas; en último, en la medida de lo posible, aman a los más insensatos, procurando tan sólo dar cumplimiento a su propósito y despreocupándose de si lo hacen con nobleza o no. De aquí que hagan lo que se les presenta por azar, tanto si es algo noble como lo contrario. En efecto, este amor proviene de la diosa que es mucho más joven que la otra y en cuya génesis hubo participación de hembra y de varón. La otra, en cambio, proviene de la Afrodita Urania, que en primer lugar no participa de hembra sino sólo de varón y, en segundo, es más vieja y exenta de *hýbris*. Es por eso que los inspirados por este amor se inclinan por lo que es masculino, ya que aman lo que por naturaleza tiene más fuerza y mayor entendimiento... en efecto, no se enamora del adolescente hasta que ya comienza a tener juicio, y esto casi coincide en el tiempo con la aparición de la barba. Pues yo creo que los que comienzan a amar a partir de entonces se muestran preparados para compartir y convivir con él toda la vida, sin engañarle por haberlo conquistado, siendo como era joven, cuando era insensato, y, después de reírse de él, huir para perseguir a otro’ (Ο μὲν οὖν τῆς Πανδήμου Ἀφροδίτης ὡς ἀληθῶς πάνδημός ἐστι καὶ ἐξεργάζεται ὅτι ἂν τύχη· κὶ οὗτός ἐστιν ὃν οἱ φαῦλοι τῶν ἀνθρώπων ἐρῶσιν. ἐρῶσι δὲ οἱ τοιοῦτοι πρῶτον μὲν οὐχ ἦττον γυναικῶν ἢ παίδων, ἔπειτα ὧν καὶ ἐρῶσι τῶν σωμάτων μᾶλλον ἢ τῶν ψυχῶν, ἔπειτα ὡς ἂν δύνωνται ἀνοητοτάτων, πρὸς τὸ διαπράξασθαι μόνον βλέποντες, ἀμελοῦντες δὲ τοῦ καλῶς ἢ μέ· ὅθεν δὴ συμβαίνει αὐτοῖς ὅτι ἂν τύχῃσι τοῦτο πράττειν, ὁμοίως μὲν ἀγαθόν, ὁμοίως δὲ τούναντίον. ἔστι γὰρ καὶ ἀπὸ τῆς θεοῦ νεωτέρας τε οὔσης πολὺ ἢ τῆς ἐτέρας, καὶ μετεχούσης ἐν τῇ γενέσει καὶ θήλεος καὶ ἄρρενος. ὁ δὲ τῆς Οὐρανίας πρῶτον μὲν οὐ μετεχούσης θήλεος ἀλλ’ ἄρρενος μόνον –καὶ ἔστιν οὗτος ὁ τῶν παίδων ἔρως- ἔπειτα πρεσβύτερας, ὕβρεως ἀμοίρου· ὅθεν δὴ ἐπὶ τὸ ἄρρεν τρέπονται οἱ ἐκ τούτου τοῦ ἔρωτος ἐπιπνοὶ, τὸ φύσει ἐρρωμενέστερον καὶ νοῦν μᾶλλον ἔχον ἀγαπῶντες... οὐ γὰρ ἐρῶσι παίδων, ἀλλ’ ἐπειδὴν ἤδη ἄρχονται νοῦν ἴσχειν, τοῦτο δὲ πλησιάζει τῷ γενειάσκειν. παρεσκευασμένοι γὰρ οἴμαι εἰσὶν οἱ ἐντεῦθεν ἀρχόμενοι ἐρᾶν ὡς τὸν βίον ἅπαντα συνεσόμενοι καὶ κοινῇ συμβιωσόμενοι, ἀλλ’ οὐκ ἐξαπατήσαντες, ἐν ἀφροσύνῃ λαβόντες ὡς νέον, καταγελάσαντες οἰχήσεσθαι ἐπ’ ἄλλον ἀποτρέχοντες -la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991).

La narración no ha avanzado aún lo suficiente para poder comprobar que nuestro sacerdote es justamente un buen amante platónico. Nada deseará más que educar a su amado hasta el final. No obstante, el amor platónico se debate, como decía, entre la necesidad de la belleza física para dar el gran salto hacia la Belleza ideal, y su rechazo cuando esta meta ya ha sido alcanzada⁸. Pues bien, la contradicción con lo que leíamos antes a propósito del buen amante es que este sacerdote que ha empezado a explicarnos su atormentada historia con Alexis es el ejemplo perfecto de hombre “depurado” que, en caso de tener que intimar aún con el mundo sensible, cree poder hacerlo tan sólo contactando con el que juzga más exquisito, con la belleza adolescente, esto es, con aquella que a algunos les ha parecido siempre recoger en sí misma los rayos de la Luz verdadera. Es por ello que, ante el triste espectáculo de los “degradados” amigos de Alexis, exclama: “La voluntad de Dios es insondable. También lo es la de los dioses... tanto si es la de Él como la de ellos... ha terminado siendo en mí una reacción instintiva acatarla siempre,

⁸ Todo esto lo trato, por ejemplo, en “Amor platónico / amor estoico, principio y final de una evolución”. *Anuario de Filología* 10, 1984, pp. 27-37.

pero conservando celosamente mi libertad de aceptarla o no” (*“La voluntat de Déu és insondable. També ho és la dels déus... tant si és la d'Ell com si és la d'ells... ha acabat essent en mi una reacció instintiva acatar-la sempre, però servant gelosament la meva llibertat d'acceptar-la o no”*) (22). ¿Qué más puede hacer? ¿Qué más podía hacer entonces?:

“Así que puedo decir que no tuve la oportunidad de escoger: sencillamente, obedecí. Y lo hice a partir de una elección entre lo que sentía que Dios me ordenaba y aquello otro, tan distinto, que me aconsejaban hacer los dioses. La mía fue una acción penitente que, si bien no resolvió nada, al menos me demostró hasta que punto prevalecen en mí las raíces católicas frente a la paganización de que tan a menudo he tenido que acusarme. Aquella elección, tan penosa, tan mala de tomar por cualquiera, lo era más para quien habitaba un cuerpo tan sensualizado como ya era el mío”.

“Així que puc dir que no em fou donat escollir: senzillament, vaig obeir. I ho vaig fer a partir d'una elecció entre allò que sentia que m'ordenava Déu i allò altre, tan distint, que m'aconsellaven fer els déus. La meva va ser una acció penitent que, si no resolgué res, almanco me demostrà fins a quin punt prevalen dins meu les arrels catòliques enfront de la paganització de què tan sovint m'he hagut d'acusar. Aquella elecció, tan penosa, tan mala de prendre per part de qualsevol, ho era més per qui habitava un cos tan sensualitzat com ja era el meu” (22).

Dios y dioses, raíces católicas y raíces paganas, acción penitente y un cuerpo tan sensualizado. De hecho, todas estas oposiciones son falsas, ya que ni hace un momento los dioses paganos le han ahorrado una visión horrenda, ni la Paganidad estuvo exenta de metafísicas radicales, “gracias a las cuales” y conjugándose con el cristianismo, él, el sacerdote, deviene a mi entender un dios inaccesible, reticente a aceptar mácula o imperfección alguna. Y quizá también por la misma razón resulta comprensible que, en la conclusión, se haga referencia a otro triste episodio de su vida. Así es, en cierta ocasión, mientras viajaba por el mediodía francés aprovechó la oportunidad para intentar reunirse con Alexis. Esperó en una taberna el tren de vuelta y, después, de camino a casa, sospechó: “que uno de los hombres de la taberna, falto de encanto, a partir de los indicios que daba su fisonomía, fuera el que, precisamente, él buscaba o, como él decía –partiendo de la notable degradación física que, si en verdad era él, le había impedido identificarle mediante la contemplación directa-, ‘sus restos’ ”(*“que un dels homes de dins de la taverna, mancat d'encant, a partir dels indicis que donava un tirat de fesomia, fos el que, precisament, ell cercava o, com ell deia -partint del notable esbucament físic que, si verament era ell, li havia impedit identificar-lo mitjançant la visió directa- ‘les seves deixalles’ ”*) (22).

Esta serie de reflexiones son el fruto lógico de lo explicado hasta aquí, pero, afortunadamente para la Literatura, los hombres son contradictorios e ignorantes, la mayor parte de las veces, de su complejidad. Pese a que, hace apenas un instante, calificaba yo al protagonista de hombre “depurado”, la verdad es que él cree poseer un alma totalmente prisionera del cuerpo. Su infancia en un pueblo de montaña facilitó el cultivo de la sensualidad, puesto que la Naturaleza –¡tan pagana!- no ocultaba por ejemplo los apareamientos de los animales. Cuando esto sucedía: “lo contemplaba con una delectación tan profunda que me quedaba con la sensación de haber cometido un pecado” (*“ho contemplava amb una delectança tan profunda que me deixava la sensació d'haver comès pecat”*) (25).

Si hay pecado, se impone el arrepentimiento, pero él querría ser un pagano auténtico y, por consiguiente, se muestra convencido de que el mundo y los sentidos son la guía indispensable para llegar a buen puerto. Dios y la Belleza le esperan al final, pero, en el ínterin:

“... se me acercan mensajes que la belleza me envía! Si tras todo esto no se oculta Dios, si Dios no es exactamente esto, qué error cometido conmigo por la naturaleza al elegir la armadura con la que me mantiene en pie. Más que nunca me resulta necesario, ahora que la vida se acorta ya, que Él no sea un puro concepto abstracto y que el camino natural para optar a hallarle sean, precisamente, los sentidos. ¡Qué pérdida de tiempo la de tantos que con distinto instrumental le buscan por el reino de las ideas, qué inevitable y fatal lejanía de Él, la suya, cuando no se es capaz de sentirlo palpitar como un animalillo entre las manos!”

“... se m'apropen missatges que em fa arribar la bellesa! Si rere tot això no s'hi amaga Déu, si Déu no és exactament això, quin error comès amb mi per la naturalesa a l'hora d'elegir l'armadura que em manté dret. Més que mai em resulta necessari, ara que la vida ja curteja tant, que Ell no sigui un pur concepte abstracte i que el camí natural per optar a trobar-lo siguin, precisament, els sentits. Quanta pèrdua de temps la de tants que amb tan distint instrumental el cerquen pel regne de les idees, quina inevitable i fatal llunyania d'Ell, la seva, quan no s'és capaç de sentir-lo glatir com un animaló viu dins les mans!” (26).

Ya lo decían los griegos, ya lo decía Platón en *El Fedro* 249 b-c: ‘En efecto, conviene que el hombre comprenda según aquello que llamamos idea, y que va de una multiplicidad de percepciones físicas a algo único compendiado por la mente’ (δεῖ γὰρ ἄνθρωπον συνίεναι κατ’ εἶδος λεγόμενον, ἐκ πολλῶν ἰὸν αἰσθήσεων εἰς ἓν λογισμῶ συναιρούμενον –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet. *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991)⁹. Nuestro sacerdote lamenta la situación en que se halla: “Y he-me aquí receptor de

⁹ Cf. *Simposio* 210-211: ‘Cumple (dice Diotima)... enamorarse primero de un solo cuerpo y engendrar entonces bellos discursos; comprender después que la belleza de un cuerpo es hermana de la que hay en otro y que, si hay que ir en busca de la belleza de la forma, es una gran insensatez no considerar que la belleza que hay en todos los cuerpos es una e idéntica. Una vez comprendido esto, cumple hacerse amante de todos los cuerpos bellos y calmar el fuerte deseo de uno solo... Después, tener por más valiosa la belleza de las almas que la del cuerpo, de manera que, aunque alguien con un alma noble tenga poca belleza corporal, esto baste para amarle, inquietarse por él, engendrar y buscar palabras tales que hagan mejores a los jóvenes, a fin de que se vea forzado de nuevo a contemplar la belleza de las normas de conducta y las leyes y a darse cuenta de que todo esto está emparentado, para considerar que la belleza del cuerpo es insignificante. Después de las normas de conducta, conviene que el iniciador guíe hacia las ciencias a fin de que el iniciado... dirija su mirada hacia aquel mar inmenso de belleza y al contemplarlo conciba bellos y magníficos discursos y pensamientos en abundante filosofía, hasta que... atisbe una ciencia única... Efectivamente, quien ha sido educado en cuestiones amorosas y ha contemplado en este orden y como es debido las cosas bellas... obtendrá súbitamente la visión de algo que, por naturaleza, es bello de una manera admirable... que, en primer lugar es siempre, ni nace ni muere...’ (δεῖ... ἐνὸς αὐτὸν σώματος ἐρᾶν καὶ ἐνταῦθα γεννᾶν λόγους καλοῦς, ἔπειτα δὲ αὐτὸν κατανοῆσαι ὅτι τὸ κάλλος τὸ ἐπὶ ὄψων σώματι τῷ ἐπὶ ἑτέρῳ σώματι ἀδελφόν ἐστι, καὶ εἰ δεῖ διώκειν τὸ ἐπ’ εἶδει καλόν, πολλὴ ἄνοια μὴ οὐχ ἓν τε καὶ ταῦτὸν ἡγεῖσθαι τὸ ἐπὶ πᾶσιν τοῖς σώμασι κάλλος· τοῦτο δ’ ἐννοήσαντα καταστῆναι πάντων τῶν καλῶν σωμάτων ἐραστήν, ἐνὸς δὲ τὸ σφόδρα τοῦτο χαλάσαι... μετὰ δὲ ταῦτα τὸ ἐν ταῖς ψυχῆς κάλλος τιμιώτερον ἡγήσασθαι τοῦ ἐν τῷ σώματι, ὥστε καὶ ἐὰν ἐπιεικῆς ὢν τὴν ψυχὴν τις κἂν σμικρὸν ἄνθος ἔχη, ἐξαρκεῖν αὐτῷ καὶ ἐρᾶν καὶ κήδεσθαι καὶ τίκτειν λόγους τοιούτους καὶ ζητεῖν, οἵτινες ποιήσουσι βελτίους τοὺς νέους, ἵνα ἀναγκασθῇ αὐτὴ θεάσασθαι τὸ ἐν τοῖς ἐπιτηδεύμασι καὶ τοῖς νόμοις καλὸν καὶ τοῦτ’ ἰδεῖν ὅτι πᾶν αὐτὸ αὐτῷ συγγενές ἐστιν, ἵνα τὸ περὶ τὸ σῶμα καλὸν σμικρὸν τι ἡγήσῃται εἶναι· μετὰ δὲ τὰ ἐπιτηδεύματα ἐπὶ τὰς ἐπιστήμας ἀγαγεῖν, ἵνα... ἐπὶ τὸ πολὺ πέλαγος τετραμμένος τοῦ καλοῦ καὶ θεωρῶν πολλοὺς καὶ καλοὺς λόγους καὶ μεγαλοπρεπεῖς τίκτηι καὶ διανοήματα ἐν φιλοσοφίᾳ ἀφθόνῳ, ἕως ἄν... κατίδη τινὰ ἐπιστήμην μίαν τοιαύτην... ὅς γὰρ ἂν μέχρι ἐνταῦθα πρὸς τὰ ἐρωτικά παιδαγωγηθῇ, θεώμενος ἐφεξῆς τε καὶ ὀρθῶς τὰ καλά... ἐξαίφνης κατόψεται τι θαυμαστὸν τὴν φύσιν καλόν... πρῶτον μὲν αἰεὶ ὄν καὶ οὔτε

este tipo de enfermedad que me ha hecho distinto... he vivido marcado por la conciencia de ser diferente” (“*I heus-me aquí receptor d'aquesta mena de malaltia que m'ha fet distint... he viscut travessat per la consciència de ser diferent*”) (27).

Pero de nuevo *El Fedro*, 249d-250a, demuestra que padece una enfermedad antigua y ya diagnosticada:

‘Una vez al margen de los afanes humanos y situándose cabe lo que es divino, es amonestado por la mayoría como si de un perturbado se tratara, pero no caen en la cuenta de que es un hombre inspirado por la divinidad. Así, pues, de aquí en adelante todo el discurso versa sobre la cuarta forma de locura -aquella que, cuando un hombre deviene alado porque ve la belleza de aquí, recuerda la verdadera, desea alzar el vuelo con las alas, no puede y dirige su mirada hacia allí arriba y se desentiende de las cosas de aquí abajo, explica su locura-, porque, en efecto, éste es el mejor de todos los estados de entusiasmo... y quien ama a los jóvenes bellos recibe el nombre de “erastés” porque participa de esta locura. En efecto, como se ha dicho, toda alma humana ha contemplado por causa de su naturaleza “las cosas que son”, o no habría llegado a este ser vivo llamado hombre. No a todas las almas, empero, les es fácil recordar aquellas realidades a partir de éstas...’ (ἐξιστάμενος δὲ τῶν ἀνθρωπίνων σπουδασμάτων καὶ προὐφ τῷ θείῳ γιγνόμενος, νοουθετεῖται μὲν ὑπὸ τῶν πολλῶν ὡς παρακινῶν, ἐνθουσιάζων δὲ λέληθεν τοὺς πολλοὺς. Ἔστι δὴ οὖν δεῦρο ὁ πᾶς ἡκῶν λόγος περὶ τῆς τετάρτης μανίας -ἢ ὅταν τὸ τῆδέ τις ὄρων κάλλος, τοῦ ἀληθοῦς ἀναμνησκόμενος, πτερωταί τε καὶ ἀναπτερούμενος προθυμούμενος ἀναπτέσθαι, ἀδυνατῶν δὲ, ὄρνιθος δίκην βλέπων ἄνω, τῶν κάτω δὲ ἀμελῶν, αἰτίαν ἔχει ὡς μανικῶς διακείμενος- ὡς ἄρα αὕτη πασῶν τῶν ἐνθουσιάσεων ἀρίστη... καὶ ὅτι ταύτης μετέχων τῆς μανίας ὁ ἐρῶν τῶν καλῶν ἀραστής καλεῖται. Καθάπερ γὰρ εἴρηται, πᾶσα μὲν ἀνθρώπου ψυχὴ φύσει τεθέεται τὰ ὄντα, ἢ οὐκ ἂν ἦλθεν εἰς τόδε τὸ ζῶον ἀναμνησθεσθαι δὲ ἐκ τῶνδε ἐκεῖνα οὐ ῥᾶδιον ἀπάση...’ –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet. *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991).

Singular como es, ¿cuál es su tesis? He-la aquí y comparémosla con lo que hemos leído antes en *El Simposio* 210-211:

“La palabra de Dios es la belleza... No existe, en absoluto, manifestación auténtica alguna de la belleza cuya adoración podamos maldecir... La única lectura que podemos hacer de Dios nos la ofrece la belleza del mundo... Y, antes que cualquier otra, la que va ligada al ser humano: la que palpita en un cuerpo esplendoroso, la de un gesto, la de una palabra, la de una sílaba pronunciada en estado de gracia... O también, la de una conducta noble, que constituye la belleza de las actitudes”.

γιγνόμενον οὔτε ἀπολλύμενον –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991); Plutarco. *El Erótico* 765F-766: ‘Pues bien, Eros utiliza igual ardid e igual astucia con las lamas dotadas de talento y amor a la belleza. Siguiendo el ejemplo de la refracción de la luz, insta a nuestra memoria a desviarse desde lo que aquí nos parece y llamamos bello hacia aquella otra Belleza⁹ en verdad divina, amable, digna de admiración y bienaventurada’ (ταὐτὸ δὴ τὸ ἐρωτικὸν μηχανήμα καὶ σόφισμα περὶ τὰς εὐφυεῖς καὶ φιλοκάλους ψυχάς. ἀνάκλασιν ποιεῖ τῆς μνήμης ἀπὸ τῶν ἐνταῦθα φαινομένων καὶ προσαγορευομένων καλῶν εἰς τὸ θεῖον καὶ ἐράσιμον καὶ μακάριον ὡς ἀληθῶς ἐκεῖνο καὶ θαυμάσιον καλόν -la traducción es mía siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L’Amour*. Paris: Les Belles Lettres, 1980).

“La paraula de Déu és la bellesa... No existeix, en absolut, cap autèntica manifestació de bellesa l'adoració de la qual pugui resultar maleïble... L'única lectura que podem fer de Déu la'ns ofereix la bellesa del món... I, per damunt cap altra, la que va lligada a l'ésser humà: la que glateix en un cos esplendorós, la d'un gest, la d'una paraula, la d'una síl·laba pronunciada en estat de gràcia ... O, també, la d'una conducta noble, que constitueix la bellesa de les actituds” (28).

Queda claro, en consecuencia, que lo capital es la práctica de la filosofía en vez del amor humano, aunque, de momento, el protagonista, ¡con un cuerpo tan sensualizado!, confunde el reflejo de la luz con la fuente luminosa: “Alexis, criatura prodigiosa que asumía en solitario una parcela tal de maravilla que, más que un receptor, era su difusor, convertido así en un pequeño dios” (“Alexis, criatura prodigiosa que assumia en solitari una parcel·la tal de meravella que més que un receptor n'era un espargidor, fet així un petit déu”) (29).

Intuimos, pues, que las tensiones en el seno de una persona tan dócil a las exigencias de los sentidos se deben al lógico rechazo contemporáneo de la pederastia, digamos que agudizado por el hecho de ser, además, un sacerdote que ha hecho un voto de castidad. El combate interior es inevitable, pero: “... pese a las limitaciones humanas que ella me impone, cada día doy gracias a Dios por haberme permitido alcanzar la alta condición de sacerdote... me siento empujado a aceptar la más pesada de las cargas si el objetivo es coronar un deber de mi sagrado ministerio” (“... tot i les limitacions humanes que ella m'imposa, cada dia don gràcies a Déu per haver-me permès assolir l'alta condició de sacerdot... me sent empès a acceptar la més pesada de les càrregues si l'objectiu és coronar un deure del meu sagrat ministeri”) (32-3).

Ahora bien, sean cuales sean las limitaciones y las pesadas cargas, no hay que olvidar en ningún caso el deseo consciente de mantener igualmente un talante clásico. Él es un hombre dedicado al estudio, entusiasta de las Humanidades (34). En el transcurso de dieciocho años, sólo abandonará el pueblo para visitar Italia, Roma concretamente, y Barcelona. El primer viaje, precisamente al centro espiritual del Catolicismo, lo dedica al estudio del poeta latino Domitius Mars, y el segundo al intento de editar una traducción del mismo. No debe extrañarnos, por tanto, que, al calor de una paganidad conocida y estudiada, sea extremadamente receptivo a la epifanía de la belleza clásica encarnada en Alexis.

El ejercicio del sagrado ministerio ha colmado en verdad sus expectativas y es feliz en un pueblo donde se le quiere. No obstante, esta paz religiosa y humana que experimenta día tras día debe de provocar en él una especie de parálisis, ya que, Alexis, el gran impacto, parece salvarlo: “En el hecho de haber conocido a Alexis radica, que Dios me perdone, la justificación de mi vida” (“En la coneixença d'Alexis radica, que Déu me perdoni, la justificació de la meva vida”) (39). Y, de nuevo, el curso de los acontecimientos sigue una estricta lógica platónica: a) primero ve un cuerpo: “Y veo cómo, de repente, entra en la sala aquel cuerpo joven” (“I veig com, de sobte, entra dins la sala aquell cos jovenívol”) (40); b) después, lo siente como la encarnación de la poesía: “la gracia hecha persona, la voz iluminada de Domitius Mars presente en un cuerpo” (“La gràcia feta persona, la veu il·luminada de Domici Mars feta present en un cos”) (40); c) después, avanza hacia la trascendencia: “Viéndole avanzar desde la desnudez de su gesto sencillo y de mi impenitente tendencia a convertirlo todo en transposiciones literarias, me asaltó súbitamente la conciencia plena de que estaba sucediendo, en el mundo, algo trascendente” (“Mirant-lo avançar des de la nuesa del seu gest senzill i de la meva impenitent tendència a fer de tot transposicions literàries, m'investí de sobte la plena consciència d'estar succeïnt, al món, quelcom transcendent”) (40), y d) finalmente, reconoce, recuerda en Alexis la Gracia eterna: “Quizá él venía de la distancia del espacio y el tiempo buscando, sin darse cuenta, quien fuera capaz de captar una gracia que, en él, estaba al borde de la eclosión” (“Potser ell venia des de la distància de l'espai i el temps cercant, sense adonar-se'n, qui fos capaç de captar una gràcia que, en ell, era a punt de fer eclosió”) (42).

Impactado y vencido por un cuerpo ajeno, se descubre a sí mismo como un cuerpo: “Mi cuerpo se había redimido súbitamente de su vieja condición saliendo de la zona maldita donde se me había enseñado a mantenerlo relegado” (“*El meu cos de sobte s'havia redimit de la seva vella condició ancil·lar sortint de la zona maleïda on se m'havia instruït a mantenir-lo relegat*”) (44).

Se produjeron avances en la paganización (45), pero, *nolens volens*, han sido muchos años de continencia y, aquella noche, cuando las nuevas circunstancias no le dejan dormir, imagina: “Dios me perdone –es decir- buscando el perdón de Dios y no entregándose al placer que le pueda causar-, cámaras donde, quizá de forma tardía, eran ejercidos en el pueblo unos derechos conyugales” (“*Déu me perdoni*” -és a dir, cercant el perdó de Déu i no pas lliurant-se al plaer que li pugui produir-, “*cambres on, potser de forma tardana, eren exercits arreu del poble uns drets conjugals*”) (45).

Todo parece indicar, al contrario, que le urge dar una dimensión honorable a impulsos tan nuevos e irreprímibles. De hecho, él ya ha notado una evidente transformación que recuerda mucho las enseñanzas de Diotima:

“¿Qué conducto secreto debe de existir, atravesando los substratos más delicados del carácter de los hombres, que, al verse invadidos de belleza por uno de los extremos, se nos provoca en el otro, por un automatismo prodigioso, una mejora de las actitudes? ¿Por qué, me pregunto a menudo, un impacto estético nos hace sentir mejores?... Estimulado, desde algún rincón de mi persona que apenas había explorado, por aquel espectáculo, sencillo y tan trascendente, que me ofreció la presencia de Alexis, repleto todo yo de aquella nueva manera de asumir la belleza, me sentí, en los días siguientes, magnificado por una fuerza de febril potenciación de mi voluntad de servir”.

“*Quin passadís secret deu existir, travessant els substrats més delicats del caràcter dels homes, que en ser per un dels extrems embeguts de bellesa se'ns provoca a l'altre, per un automatisme prodigiós, una millora de les actituds? Per què, em deman tot sovint, un impacte estètic ens fa sentir més bons?... Estimulat, des d'un indret de la meva persona que jo tenia poc explorat, per aquell espectacle, senzill i tan transcendent, que m'oferí la presència d'Alexis, amarat tot jo per aquella nova manera d'assumir la bellesa, me vaig sentir, els dies que seguiren, magnificat per una força que produïa una mena de febril potenciació de la meva voluntat de servir*” (47-8).

Y lo subrayo porque los primeros beneficiarios de este nuevo estado del sacerdote son los feligreses con quienes se siente unido como nunca antes por lazos paterno-filiales. Pues bien, el hombre noble, según Diotima, espera hallar una alma bella, noble y bien dotada (Simposio 209b-d):

‘Cuando alguien se siente preñado en el alma de estas virtudes desde que era niño, inspirado como está por la divinidad, al llegar a la edad adecuada desea ya parir y engendrar y... cuando... encuentra un alma bella, noble y bien dotada, ama intensamente el conjunto (i. e. no sólo el cuerpo) y acto seguido ofrece a este ser gran abundancia de razones sobre la virtud y sobre cómo ha de ser el hombre bueno y las cosas a las cuales ha de aplicarse, e intentará educarlo. Y, por el hecho de relacionarse con lo que es bello, pare y engendra aquello de lo que estaba preñado desde hacía tiempo, y recordándolo tanto si está con él como si no, crían conjuntamente lo procreado, de manera que los de esta clase, unos con otros, tienen un sentido de comunidad mucho mayor que el que se tiene con los hijos, y también una amistad mucho más firme, puesto que poseen en común hijos más bellos e inmortales. Y cualquier hombre preferiría hijos así a los humanos...’ (ὅταν τις ἐκ νέου ἐγκύμων ἢ τὴν ψυχὴν, ἢ θεοῦ ὦν καὶ ἡκούσης τῆς ἡλικίας, τίκειν τε καὶ γεννᾶν ἤδη ἐπιθυμῇ... ἂν ἐντύχη ψυχῇ καλῇ καὶ γενναίᾳ καὶ εὐφυεῖ, πάνυ δὴ ἀσπάζεται τὸ

συναμφότερον, καὶ πρὸς τοῦτον τὸν ἄνθρωπον εὐθὺς εὐπορεῖ λόγων περὶ ἀρετῆς καὶ περὶ οἷον χηρῆ εἶναι τὸν ἄνδρα τὸν ἀγαθὸν καὶ ἃ ἐπιτηδεύειν, καὶ ἐπιχειρεῖ παιδεύειν. ἀπτόμενος γὰρ οἶμαι τοῦ καλοῦ καὶ ὁμιλῶν αὐτῷ, ἃ πάλαι ἐκύει τίκτει καὶ γεννᾷ, καὶ παρῶν καὶ ἀπῶν μεμνημένος, καὶ τὸ γεννηθὲν συνεκτρέφει κοινῇ μετ' ἐκείνου, ὥστε πολὺ μείζω κοινωνίαν τῆς τῶν παιδῶν πρὸς ἀλλήλους οἱ τοιοῦτοι ἴσχουσι καὶ φιλίαν βεβαιότεραν, ἅτε καλλιόνων καὶ ἀθανατωτέρων παιδῶν κεκοινωνηκότες. καὶ πᾶς ἂν δέξαιτο ἑαυτῷ τοιούτους παιδᾶς μᾶλλον γεγονέναι... – la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991).

Sólo hay que esperar que el protagonista inicie la educación de Alexis y entonces podremos ver hasta qué punto la pedagogía se impone al placer de los sentidos.

Hasta que esto no suceda y como era previsible, la novela continúa explicando el debate interior de un hombre cada vez más atormentado. Por un lado, siente el embate de la carne; por el otro, se siente cohibido lógicamente por las normas y la moral: “Sobre todo, me sentía cobarde... en verdad no era feliz” (“*Part damunt de tot, me sentia covard... verament no ho era, felic*”) (51).

Pero, fundamentalmente, es la presencia de la madre, transmisora de cultura –y, por tanto, también de normas-, la que parece cortar de raíz la posibilidad de licencia pagana alguna:

“Aquella cobardía se me configuró a partir del celo excesivo que en torno mío ejerció mi madre... y me dolió constatar que yo, que tanto tiempo había aceptado como algo natural verme sometido por mi madre -sobre todo desde que mi padre murió, siendo yo todavía un niño-, desde el preciso momento en que Alexis irrumpió en mi entorno, sintiera de pronto que aquella autoridad materna, como si hubiera comenzado a dar indicios de interferencia, por primera vez me incomodaba”.

“*Aquella covardia se'm configurà a partir del zel excessiu que entorn meu mogué la meva mare (50)... i me dolgué constatar que jo, que tant de temps havia acceptat com a cosa natural veure'm sotmès per la meva mare -sobretot des que mon pare morí, essent jo encara infant-, des del moment precís d'irrompre Alexis dins el meu entorn, sentís de sobte que aquella autoritat materna, com si hagués començat a donar indicis d'interferència, per primera vegada m'incomodava*” (54).

Cuando el espacio interior está limitado por fronteras claras y opuestas, sólo la confusión puede consolidarse: “Afronté los días siguientes abierto a todos los interrogantes... Yo estaba dividido en dos, y una mitad rechazaba, porque sí, todo lo que la otra le planteaba” (“*Vaig afrontar els dies següents obert a tots els interrogants (53)... Jo ja era dividit en dos, i una meitat rebutjava, perquè sí, tot el que l'altra li plantejava*”) (55).

Amor divino / amor humano, Espíritu / materia, Cielo / mundo; ¿quién ganará? Aún es demasiado pronto para responder, pero, a pesar de todo, hay indicios inequívocos de que él no se deja avasallar por el impacto de cualquier impacto sensual; antes al contrario, lo somete a duras pruebas para “depurarlo”:

“Pero no se trataba de amor... Lo que me sucedía era exactamente un sentirme seducido por la gracia, cosa que, con otros matices me había sucedido siempre. (Seduciones)... había gozado de ellas ampliamente... Pero siempre, con esta excepción y antes de aquella experiencia nueva, me habían venido del impacto de unas intensidades estéticas no localizadas en un cuerpo humano vivo: de una coral de Bach, de unos versos de Virgilio, de aquel San Luis de Sebastiano del Piombo, que pude contemplar en Venecia, emergiendo de la penumbra silenciosa en el interior de la ermita de San Bartolomeo...”

Medité intensamente toda aquella noche. Luché con energía contra aquel sometimiento que se definía e iba invadiéndome dejándome a merced de todo, como una vieja barca con la madera llena de termitas. Precipitando los hechos, situé mentalmente aquel cuerpo en un futuro lejano y, con esfuerzo, fue como si lo viera erosionado por los días, degradable como era pese a todo. Y, cuando por la persiana de mi habitación comenzaban a filtrarse las luces del nuevo día, de pronto vi claro que aquella condición de Alexis, la de tratarse de una belleza en tránsito, era el punto de donde partía, precisamente, la magnitud irresistible de su sugestión”.

“Però no es tractava d'amor... Allò que em succeïa era exactament un sentir-me seduït per la gràcia, cosa que, en uns altres matisos, m'havia ocorregut sempre (55). (De seduccions)... n'havia fruïdes a voler... Però sempre, amb aquesta excepció i abans d'aquella experiència nova, m'havien vingut de l'impacte d'unes intensitats estètiques no localitzades en un cos humà viu: d'una coral de Bach, d'uns versos de Virgili, d'aquell Sant Lluís de Sebastiano del Piombo, que vaig poder contemplar a Venècia, emergint de la penombra silent dins l'esglésiola de San Bartolomeo (55)... Vaig meditar intensament tota aquella nit. Vaig lluitar amb energia contra aquell sometiment que es definia i m'anava amarant deixant-me a mercè de tot, com una vella barca amb la fusta corcada. Precipitant els fets, vaig situar mentalment aquell cos dins un futur llunyà i, amb esforç, va ser com si el veiés erosionat pels dies, musteïble que era malgrat tot. I quan per la persiana de la meua cambra començaven a filtrar-se les primeres llums del nou dia, de sobte vaig veure clar que aquella condició d'Alexis de tractar-se d'una gràcia en trànsit era el punt d'on partia, precisament, la magnitud irresistible de la seva sugestió” (56).

Esta anagnórisis final del protagonista podría haberle liberado, pero la lógica y la servidumbre platónicas son implacables. Los hombres enamorados de la Belleza, los hombres platónicos, aman tan sólo lo que es inmutable, eterno y permanece siempre igual a sí mismo¹⁰. El cambio, la transformación, el envejecimiento y la muerte, por el contrario, les inquietan hasta tal extremo que, si dejaban seducirse en exceso por una belleza fugaz, les basta con imaginarla degradada por el paso del tiempo para huir ante lo que perciben entonces como un verdadero espejismo.

Está claro que, de momento, la belleza-gracia de Alexis es, según dice, anonadante para el sacerdote y que, al contemplarla, ha quedado atrapado en la red del enamoramiento. Tan enamorado está que le sorprende ver que, en el pueblo: “Nadie había quedado, como a mí me sucedía, mínimamente herido... me sentía ya tan sometido a la sugestión de su gracia que sólo me parecía lógico que, al verlo, todos reaccionaran como yo lo había hecho” (“*Ningú n'havia quedat, com a mi em passava, mínimament ferit... me sentia ja tan sotmès a la sugestió de la seva gràcia que sols me semblava lògic que a la vista d'ell tothom reaccionàs com jo ho havia fet*”) (58).

Comenzó a verse –y esto lo explicó la ficticia Diotima siglos atrás- como un ser preñado de belleza que, gracias a Alexis, infanta lo que lleva en su interior: “Observando que la gracia de Alexis no había causado el menor impacto en los demás, concluí que para configurarse

¹⁰ Véase Platón *Timeo* 27d-28, 3: ‘Así, pues, en mi opinión cumple en primer lugar establecer la diferencia siguiente: ¿qué es lo que es siempre y no deviene, y que es lo que siempre deviene y nunca es? Uno podemos captarlo con la inteligencia mediante el razonamiento en la medida en que es siempre según sí mismo (igual a sí mismo) –es inmutable-, del otro podemos opinar mediante la creencia que deriva de la percepción sensible ajena a la razón, en la medida en que nace y muere y nunca es –es mutable-’ (Ἔστιν οὖν δὴ κατ’ ἐμὴν δόξαν πρῶτον διαιρετέον τάδε· τί τὸ ὄν ἀεί, γένεσιν δὲ οὐκ ἔχον, καὶ τί τὸ γιγνόμενον μὲν ἀεί, ὄν δὲ οὐδέποτε; τὸ μὲν δὴ νοήσει μετὰ λόγου περιληπτόν, ἀεί κατὰ ταῦτα ὄν, τὸ δ’ αὖ δόξει μετ’ αἰσθήσεως ἀλόγου δοξαστόν, γιγνόμενον καὶ ἀπολλύμενον, ὄντως δὲ οὐδέποτε ὄν –la traducción es mía según la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1972).

necesitaba la colaboración de alguien que fuera receptivo, como yo resultaba serlo” (*“Observant que la gràcia d'Alexis no havia causat el menor impacte a l'altra gent, vaig concloure que per configurar-se necessitava la col·laboració d'algú que en fos receptiu, com jo resultava ser-ho”*) (58).

Y he aquí que se produce un hecho decisivo: Alexis, aquel dios de gracia infinita se le acerca para pedirle clases de francés. De repente, si no resiste, podría dejar en libertad una cantidad considerable de energías irrefrenables, pero:

“Aquella dependència repentina sentida hacia él por mí durante tres días y medio, al tiempo que me era placentera, me había parecido desde mi condición de sacerdote indigna e impropia... en medio de un cierto aire nebuloso de culpabilidad que me invadía, sentí la satisfacción de comprobar que aquella cierta resistencia mía era realmente auténtica y producida por la buena armadura de mi ánimo religioso”.

“Aquella dependència sobtada envers ell sentida per mi durant tres dies i mig, alhora de ser-me plaent, m'havia semblat des de la meva condició de sacerdot indigna i impròpia (62)... enmig d'un cert aire confós de culpabilitat que m'envaïa, vaig sentir la satisfacció de comprovar que aquella certa resistència meva era ben autèntica i produïda per la bona armadura del meu ànim religiós” (63).

Advertimos poco a poco, pues, que, si por ventura el alumno, el dios, se enamoraba del profesor, a buen seguro que hallaría ante sí otro dios inaccesible.

En su momento, la novela nos permitirá examinar con detalle todo este proceso, pero sin duda el salto de una belleza concreta a una Belleza abstracta de donde beben todas es trascendental – ténganse presente de nuevo las palabras de Diotima en el *Simposio* 210-211. Apliquémoslo a la historia que analizamos y, salvando todas las distancias que haya que salvar, constataremos que este párroco de pueblo acaba de descubrir exactamente lo mismo que la maestra de Sòcrates, si bien con la ayuda de los compañeros de Alexis, en quienes jamás no había parado mientes:

“Y ahora resultaba que aquellas criaturas que había visto nacer, sacramentados todos por mí, de pronto habían asumido... porciones diversas de un solo ideal de belleza que yo, hasta que me despertó la sensibilización provocada en mí por Alexis, debía de haber considerado ajena a ellos. Contemplados desde esta nueva perspectiva... liberándolos... de su agitación infinita, los vi bellos”.

“I ara resultava que aquelles criatures que havia vist néixer, sacramentats tots per mi, de sobte havien assumit... porcions diverses d'un sol ideal de bellesa que jo, fins que la sensibilització provocada en mi per Alexis m'havia deixondit, devia haver considerat cosa aliena a ells. Contemplats des d'aquesta perspectiva nova... alliberant-los... de la seva agitació infinita, els vaig veure bells” (68).

Los compañeros de Alexis, pero sobre todo Alexis, participan de una Belleza superior que los usa como simples reflectores. Poco importa que el sacerdote asegure que lo sorprendente de Alexis no era tanto su belleza como su gracia, y que la Belleza absoluta pertenece a otro mundo más propio del Dios cristiano que de los dioses paganos:

“Que me perdone el verdadero, el mío, este modo que tengo de intentar ser expresivo: aquello no era cosa de Dios, era cosa de los dioses. Existía en Alexis una forma de moverse, una manera de modular la voz, un estilo de coger las cosas, de parpadear y, en conjunto, de ser vivo, que la realidad que ofrecía lo rebasaba todo. Era tan así que resultaba más imaginable situada en el cielo pagano, cómplice de su eclosión entre los

hombres, que en el cristiano, donde las bellezas supremas están más situadas en el otro mundo”.

“Que me perdoni el vertader, el meu, aquesta manera que tenc d'intentar ser expressiu: allò no era cosa de Déu, era cosa dels déus, Existia en Alexis una forma de moure's, una manera de modular la veu, un estil d'agafar les coses, de parpellejar i, en conjunt, de ser viu, que la realitat que oferia ho ultrapassava tot. Era així que resultava més imaginable situada en el cel pagà, connivent a tenir la seva eclosió a cals homes, que en el cristià, on les belleses supremes estan més situades a l'altre món” (76).

Importa en verdad muy poco, ya que el talante platónico más metafísico aflora una y otra vez hasta volver a hablar de “concepto”, “intangibilidad”, “existencia propia” y “esfera superior”:

“Verificar la existencia en un cuerpo y ante mí la de aquella gracia que ya me proporcionaba gozo considerada tan sólo como puro concepto, vibración intangible que, de toda la audición, de la contemplación de un color, de un volumen o una línea, comprobar que... aquello existía como atributo humano, me cambió planteamientos que estaban entre los más importantes que ordenaban mi vida. ¡Aquello era verdad! Llevaba Alexis con tanta naturalidad su gracia que parecía ajeno a ella: era como si la que le podía observar existiera por ella misma y él, perteneciente a una esfera superior donde la que adoran los humanos es poco considerada por insuficiente o por demasiado habitual, no le hiciera el menor caso”.

“Verificar l'existència en un cos i al davant meu d'aquella gràcia que ja me donava goig només considerada com un pur concepte, vibració intangible que, de tota l'audició, de la contemplació d'un color, d'un volum o una línia, comprovar que... allò existia com a atribut humà, me capgirà plantejaments que eren part entre els més importants que endreçaven la meua vida. Allò era veritat! Duia Alexis amb tanta naturalitat la seva gràcia que semblava aliè a ella: era com si la que jo podia observar-li existís per ella mateixa i ell, pertanyent a una esfera superior on la que adoram els humans és poc considerada per insuficient o per massa habitual, no en fes ni el més mínim cas” (77).

Es evidente, pues, que para tormento del párroco, a la Belleza le gusta encarnarse. El verdadero pagano, el griego, comprende inmediatamente que este hecho le invita a gozar de ella, pero él, a pesar de todo, no es pagano. “El único refugio era la oración... introduje en aquellos encuentros de motivación lingüística un progresivo fervor religioso hasta convertirlas en una especie de híbrido que, según mi estado de ánimo, se inclinaba más a hacer crecer en él la piedad que los conocimientos de francés” (*“L'únic refugi era l'oració... vaig introduir dins aquelles trobades de motivació lingüística un progressiu enfervoriment religiós fins a convertir-les en una mena de cosa híbrida que, segons el meu estat d'ànim, es decantava més cap a fer-li créixer la pietat que els coneixements de francès”*) (80).

Y, a lo que parece, Alexis tampoco es pagano, puesto que, después de la primera confesión con su nuevo director espiritual, continúa siendo: “una alma pura que... ni por asomo había sentido la necesidad de hacer referencias a los demonios de la carne” (*“una ànima pura que... ni d'esquitllentes havia tengut necessitat de fer referències als dimonis de la carn”*) (82).

En medio de una paz espiritual como la presente, la confesión metafísica explícita es ya inevitable. O, dicho de otro modo, el protagonista cae en la cuenta de un hecho cultural de enorme importancia para la comprensión de Occidente, a saber, que a partir de un determinado momento y gracias al legado de Platón, Dios y dioses se confunden:

“Lo que me sucedía no tenía nada que ver con el mundo de la carne. Alexis era un fenómeno que incidía en mi vida, sometiéndome de una forma asexual. No era, por

tanto, una tentación... era una gravitación, una succión de mi voluntad que estaba claro que venía de mucho más lejos que Alexis, pero que se polarizaba en su persona. Y mi respuesta era sencillamente la que, vencida toda la resistencia del hombre, se da ante el encanto supremo. La gracia: ésta es la palabra clave que no me atrevo a escribir en mayúscula, como debería, porque no puedo evitar, en el instante en que me dispongo a hacerlo, una sensación parecida a la invasión de un campo sagrado cometiendo así un sacrilegio. Pero, Dios mío y dioses plurales, referencia todos ellos de la armadura que mantiene erecta mi vida, ¿no son la Gracia y la gracia una única e idéntica cosa?”.

“Allò que me succeïa no tenia res a veure amb el món de la carn. Alexis era un fenomen que incidia dins la meva vida, sotmetent-me d'una forma asexualada. No era, per tant, una temptació ... era una gravitació, una succió de la meva voluntat que es veïa clar que venia de molt més lluny que Alexis, però que es polaritzava en la seva persona. I la meva resposta era senzillament la que, mansfermada tota la resistència de l'home, es dóna davant l'encant suprem. La gràcia: aquesta és la paraula clau que no m'atrevesc a escriure en majúscula, com caldria, perquè no puc evitar, a l'instant d'anar a fer-ho, una sensació com d'invadir un camp sagrat i cometre sacrilegi. Però, Déu meu i déus plurals, referència tots plegats de l'armadura que manté erecta la meva vida, no són la Gràcia i la gràcia una única i la mateixa cosa?” (87-8).

La paz, esta paz espiritual del sacerdote, dura poco. El niño crece y descubre el mundo, se descubre a sí mismo, descubre su cuerpo y el de los demás. Un día, mientras el párroco atiende a un alma moribunda, Alexis encabeza el grupo de chicos y chicas que suelen salir de excursión. Lejos de la supervisión moral del director espiritual, se bañan desnudos en un estanque. Alexis es ya lo suficientemente pagano para explicarlo después riendo, pero el sacerdote, excepto unos instantes de envidia perversa por no haber estado presente, descarta cualquier laxitud pagana y se inclina por una calculada y efectiva amonestación. En efecto, pese a haber aprendido a aceptar la presencia en la tierra de la gracia divina, la quiere pura e inmaculada, es decir, uránica. En consecuencia, reacio a aceptar nada vulgar o “pandémico”, no tiene otra opción que caer en el desencanto y estigmatizar a Alexis:

“La exposición perturbadora de aquellos hechos irreversiblemente consumados, me provocó el mismo efecto destructor que si hubiera dejado caer unas gotas de veneno... No debía de ser, pues, aquella la primera vez que sucedía algo semejante. Posibilitando aquellas caídas, propiciándolas, debía de habitar en ellos un cúmulo de sensaciones perturbadoras, de imágenes incitantes, pensamientos lúbricos que, procedentes quién sabe de dónde, habían echado raíces en él, iban donde quiera que fuese, y que, sin así demostrarlo, convertidos en parte invisible de su equipaje, habían llegado con él cuando yo lo había visto bajar del coche de línea”.

“L'exposició pertorbadora d'aquells fets irreversiblement consumats, me provocà el mateix efecte anorreant que si m'hi hagués deixat caure unes gotes de verí (102)... No devia ser, doncs, aquella la primera vegada que succeïa allò. Fent possibles aquelles caigudes, propiciant-les, devia habitar dins ells un cúmul de sensacions pertorbadores, d'imatges incitants, pensaments lúbrics que, procedents qui sap d'on, havien arrelat dins ell, anaven amb ell onsevulla que anàs, i que, sense així demostrar-ho, convertits en part invisible del seu equipatge, havien arribat amb ell quan jo l'havia vist baixar del cotxe de línia” (104).

Siendo como es un buen maestro platónico, el sacerdote ve a Alexis como una alma caída en la prisión de la materia, de la carne, sucio y necesitado de purificación: “Atravesado por el dolor... decidí que mi admonición no debería llegarle por vía directa y sí a partir de una

catequesis de mayor alcance, orientada a hacer una limpieza espiritual en toda la juventud del pueblo” (“*Travessat de dolor... vaig decidir que la meva admonició no li hauria d'arribar per línia directa i sí a partir d'una catequesi de més ample abast, orientada a fer una neteja espiritual entre tota la joveua del poble*”) (106).

La decisión es firme, pero el escritor sabe que, desde los griegos y su aportación al género de la novela, las fluctuaciones, las dudas y los obstáculos de todo tipo son medios indispensables para crear la esperada “tensión”. Cuando todo parecía anunciar una actitud resuelta e insobornable, justo entonces es cuando el protagonista se tambalea como nunca antes y lucha encarnizadamente contra los dogmas de la conciencia:

“En aquel instante, lleno a rebosar de sentimientos contradictorios, sentí que me resultaba más confuso que nunca el concepto de pecado. ¿Lo era en verdad mantener aquel fugacísimo contacto? -se refiere al hábito de darle a besar la mano, pero esta vez después de varios días de no verse. No era más bien, muy en el fondo, un tímido sucedáneo, un adelanto infinitesimalmente pequeño del goce supremo de los sentidos que representaba poder, un día, tocar a Dios?... Y, si amar a Alexis me hacía sentir mejor, si constatar su existencia era para mí el acto supremo de asunción de la belleza de este mundo, y era verdad que me sentía junto a Dios como más me sentía lleno de Alexis, ¿cómo no rebelarme ante aquel titubeo de mi ánimo provocado por unos esquemas doctrinales ajenos a mí, frente a los cuales me desaparecía todo sentido de la obediencia al constatar que a partir de ellos había que admitir que aquella cosa prodigiosa que me sucedía era pecaminosa y maldecida por Dios?”.

“En aquell instant, rebotint-me per dedins sentiments contradictoris, vaig sentir que se'm feia més confús que mai el concepte de pecat. Ho era, verament ho era mantenir aquell fugacíssim contacte? -fa referència al costum de donar-li a besar la mà, però aquesta vegada després d'alguns dies de no veure's. No era més aviat, ben al fons de tot, un tímid succedani, una bestreta infinitesimalment petita del goig suprem dels sentits que representaria poder, un dia, tocar Déu?... I, si estimar Alexis me feia sentir millor, si constatar la seva existència era per a mi l'acte suprem d'assumpció de la bellesa d'aquest món, i era tan veritat que me sentia més vora Déu com més em sentia amarat d'Alexis, ¿com no rebel·lar-me davant aquell titubeig del meu ànim provocat per uns esquemes doctrinals aliens a mi, enfront dels quals me desapareixia tot sentit d'obediència en constatar que a partir d'ells calia admetre que aquella cosa prodigiosa que me succeïa era pecaminosa i maleïda de Déu?” (111).

El hecho de creer que determinados contactos con la materia nos preparan para otros más divinos y, a la vez, desconfiar de las exigencias del Dios represor de los sentidos revela un combate en toda regla y, de momento, intuimos que el Cielo lo perderá.

En efecto, pocos días después, paseando, percibe sin trabas la realidad sacra y eterna del placer:

“Todo se aliaba para hacerme sentir un vivísimo placer, y yo era tan receptivo y gozarlo pasó a ser tanto mi modo de ser, que, yendo más allá de los dominios del espíritu, sentí que invadía de lleno, como en otras ocasiones me había de suceder en la vida, los de mi carne, que yo siempre había considerado más insensible e innoble. Y, de pronto, viéndome llevado por una fuerza irresistible que procedía de mucho antes que mí mismo, me sentí sometido, sacralizado en una dimensión que todavía ahora veía clarísima, y casi sin darme cuenta, obediente a alguna cosa, inmolé el gran tesoro de mi pureza, hasta aquel instante indemne de tantas luchas, puesto que todo yo era un cuerpo vivísimo

sacudido por el placer y el dolor, y mis labios, desde una nueva avidez, parecían buscar con desespero los de aquel paisaje en gracia que yo había pasado a integrar”.

“Tot es conjuminava a fer-me sentir un vivíssim plaer i n'era tan receptiu, fruir-lo va passar a constituir tant la meva manera de ser, que, ultrapassant els dominis de l'esperit, vaig sentir que invadia de ple, com d'altres vegades m'havia de passar a la vida, els de la meva carn, que jo sempre havia considerat més insensible i innoble. I de sobte, veient-me conduït per una força irresistible que procedia de molt abans de mi mateix, em vaig sentir sotmès, sacralitzat en una dimensió que encara ara veig claríssima, i quasibé sense adonar-me'n, obeïdor a alguna cosa, vaig immolar el gran tresor de la meva puresa, fins aquell instant indemne de tantes lluites, en tant que tot jo era un cos vivíssim trasbalsat de plaer i dolor, i els meus llavis, des d'una nova avidesa, semblaven cercar amb desesper els d'aquell paisatge en gràcia que jo havia passat a integrar” (115).

Podría pensarse que estamos perdiendo definitivamente al hombre puro que no nos ha abandonado desde el principio. Pero no es así, porque pronto recupera el juicio y se entrega una vez más a la Belleza-Gracia inmutable y eterna que Alexis jamás podrá representar: “... me invadía el temor de perderme y, buscando la serenidad por caminos ascéticos, al venir Alexis, como disciplina me proponía el tema de la condición huidiza de la belleza humana” (“... m'envaïa el temor de perdre'm i, cercant la serenitat per camins ascètics, en venir Alexis, com a disciplina me proposava el tema de la condició fugissera de la bellesa humana”) (116).

Y, cuando ello no es suficiente, se alegra incluso de que la severidad del Cielo se haya encarnado en su madre, cuya presencia le libra de una caída casi segura. Lo demuestran los hechos de una tarde de tormenta, cuando, al recibir el pararrayos una fuerte descarga, Alexis lo abraza asustado:

“Por un instante fugacísimo sentí que sus cabellos acariciaban mi cara. Por todo el cuerpo, me recorrió un instantáneo escalofrío de placer y de temor. Por fortuna, duró tan sólo lo que tardó en llegarme un grito de espanto que había dejado escapar mi madre. Aquella voz... llegó en el instante exacto para todavía ser a tiempo de hacer recular... una orden que, emitida desde un rincón lascivo de mi cerebro, comenzaba a producirme la tirantez de determinados músculos de los brazos hacia la configuración, exacta, de un círculo del mismo tamaño que el cuerpo de Alexis”.

“Per un instant fugacíssim vaig sentir que els seus cabells acaraven la meva cara. Per tot el cos... me va recórrer un instantani calfred de plaer i temor. Per fortuna, sols durà el que trigà a arribar-me un crit d'esgarrifament que havia deixat escapar la meva mare, Aquella veu... arribà a l'instant exacte per encara ser a temps de fer recular... una ordre que emesa des d'un rerafons lasciú del meu cervell començava a produir-me la tibantor de determinats músculs dels braços cap a configurar, amb precisió, un cercle de la mateixa grandària que el cos d'Alexis” (119).

A partir de ahora decide “proteger de todos, incluso de mí mismo, aquel adolescente, cuyas lecciones dejarían de tener lugar en mi casa para impartirlas, con una cadencia más espaciada, en su casa, donde la presencia callada de la Nodriza nos servía a ambos de ángel tutelar” (“protegir de tothom, fins i tot de mi mateix, aquell adolescent, les lliçons al qual deixarien de tenir lloc a ca nostra per impartir-les-hi, amb una cadència més espaciada, a ca seva mateix, on la presència callada de la Dida ens servís a ambdós d'àngel tutelar”) (123).

La soledad posterior a la muerte de su madre le invita a la reflexión sobre su vida, y la conclusión no es de inspiración pagana; su pecado había sido precisamente no haber conseguido enemistar para siempre espíritu y carne, no entender que, del cuerpo, el alma tan sólo puede ser

“prisionera”. El Platón más metafísico enseñó a Occidente a verlo a menudo en estos términos, y el cristianismo que hemos conocido –lo recuerdo de nuevo- le debe mucho:

“De que entre el espíritu y la carne existen unas complicidades sobre las que no hemos sido advertidos, de que uno y otra se comunican mediante toda una red de galerías secretas, interiores, por donde circula lejos de nuestro control la substancia quintaesenciada que nutre nuestra personalidad, he tenido demasiadas pruebas... He permitido que mi sensibilidad llegara a una agudización muy fina, quizá enfermiza. Es al llegar a semejante nivel, pienso, cuando la connivencia entre el espíritu y la carne queda fatalmente inaugurada”.

“Que entre l'esperit i la carn existeixen unes complicitats de què no hem estat advertits, que l'un i l'altra es comuniquen mitjançant tota una xarxa de galeries secretes, interiors, per on circula lluny del nostre control la substància quintaessenciada que nodreix la nostra personalitat, n'he tengut massa proves... He permès arribar la meua sensibilitat a una tan fina, i potser malaltissa, agudització. És en arribar a un nivell consemblant, pens, quan la connivència entre l'esperit i la carn queda fatalment inaugurada” (134).

Sólo la presencia inevitable del mundo sensible, de la materia y de la carne –inevitable incluso para un alma pura en un cuerpo todavía vivo- puede atemperar las exigencias metafísicas. He aquí que el párroco se lleva de excursión al mar a algunos chicos del pueblo y, entre ellos, a Alexis. Poco después de llegar, el cuerpo de Alexis yace casi muerto sobre la arena. El sacerdote le practica el boca a boca y lo salva. No obstante, además de sacerdote, es un hombre enamorado y éste no salva a Alexis, lo besa:

“Todo yo era un desespero, una ansia frenética de despojarme de todo indicio de vida para transferirla a Alexis. Era un espasmo existencial entregado para que fuera verdad que aquella práctica de inseminar aquel cuerpo con mi aliento posibilitara lo que en aquel momento deseaba más que mi propia salvación eterna. Era el dolor asumido del modo más integral y, a la vez, lo confieso, la asunción ya irreversible de la voluptuosidad... Durante un tiempo que fue toda una vida, gocé de aquel beso fugacísimo como si Dios no existiera y sobre la tierra no hubiera nadie excepto Alexis y yo”.

“Era tot jo un desesper, una ànsia frenètica de desprendre'm de tot indici de vida per transferir-la a Alexis, era un espasme existencial abocat perquè fos veritat que aquella pràctica d'inseminar aquell cos amb el meu alè fes possible la cosa que aquell moment desitjava més que la meua pròpia salvació eterna, era el dolor assumit de la manera més integral i alhora, me'n confés, l'assumpció ja irreversible de la voluptat... Durant un temps que fou tota una vida, vaig fruit aquell bes fugacíssim com si Déu no existís i damunt la terra no hi hagués ningú excepte Alexis i jo” (146-7).

Si Dios aceptó contaminar su aliento introduciéndolo en una masa de barro terrenal, ¿por qué debería sentirse culpable un servidor suyo, una simple y mortal criatura, por haber insuflado el aliento y la vida a otro ser mortal? Pero, ¿y el beso? Primero, le invaden la vergüenza y el arrepentimiento: “Recuerdo, con claridad, como un violento portazo que acabara de producirse en la habitación de al lado, el sentimiento de vergüenza y de ser reo de escándalo” (“Record, clar com una violenta portada que s'acabàs de produir a l'habitació del costat, el sentiment de vergonya i de ser reu d'escàndol” (150). Pero, después de llorar, libre ya de la tensión, el sacerdote –como si fuera el Platón de la última época más dispuesto a comprender y a valorar la dimensión material del hombre- parece asumir el deseo humano de rendir culto a la Gracia encarnada: “Y es que la mía no había sido sino la conducta de quien tiene el privilegio de ser esclavo de la gracia, ni aquel beso nada más que la patentización de mi sometimiento” (“I es que

la meva no havia estat sinó la conducta d'aquell que té el privilegi de ser esclau de la gràcia ni aquell bes altra cosa que la patentització del meu sometiment" (154).

¡Si al menos se hubiera sincerado con Alexis, lo que precisamente no le es posible por razones obvias! Pero, tal como recordábamos al principio a propósito de Lord Alfred Douglas, hay amores que no osan decir su nombre. Incluso después de gozar y reconocer que se ha gozado, el hombre modelado por la Metafísica acaba siempre protegiéndose bajo la sombra de la Perfección: "Y resuelto a todo a fin de que se mantuviera intacta la belleza de una relación perfecta, sin necesidad de decidir nada, con el mismo automatismo que me habría impulsado a rescatar a Alexis del interior de un fuego sin preocuparme de lo que pudiera ocurrirme, aquel mismo día... recogí mis pertenencias más personales y partí" ("*I resolt a tot per tal que es mantingués intacta la bellesa d'una relació perfecta, sense necessitat de decidir res, amb el mateix automatisme que m'hauria empès a treure Alexis de dins un foc sense posar esment a què em podia ocórrer, aquell mateix dia...vaig recollir les meves pertinences més personals i vaig partir*") (156).

Hasta aquí la historia recogida en un diario. Han sido muchas páginas consagradas a explicar las razones del "desertor". Razones poderosas, en la medida en que permiten que un determinado comportamiento occidental consolidado triunfe sobre el enemigo de siempre: el mundo y sus seducciones. Y, sin embargo, el mundo lógicamente incomprensible para quien sólo se considera –pese a las dudas- su prisionero, pide y exige sin piedad lo que le pertenece. Alexis, a pesar del sacerdote, a pesar del Occidente platónico que desprecia la materia e hipervalora el Espíritu, no es tan sólo un ser de belleza o gracia inconmensurable que es venerado; Alexis sacude también los sentidos de quien lo venera, y provoca deseo. El mundo, incluso cuando sus admiradores lo sacralizan considerándolo la encarnación de la Belleza divina, no permanece dócil y falto de voluntad. No delega en Dios o la Belleza ideal sus poderes para cumplir sin voz ni voto órdenes superiores. El mundo, pese a los platónicos, es para muchos otros una Realidad eterna no susceptible de ser escindida en dos mitades o polos opuestos. El Espíritu debe contar con la materia, el Cielo debe contar con la tierra, el Bien debe contar con el Mal –*lato sensu*-, ya que, en caso contrario, los humanos pueden verse abocados al desgarramiento nocivo de sus personalidades. Dicho de otro modo, si se opta por enemistar radicalmente las dos partes de una unidad indisoluble, los humanos quedarán condenados a huir de sí mismos, a desconocerse, a odiarse.

Pues bien, Alexis es ya la mitad no aceptada, pero exigente. Alexis, que no entiende las lógicas razones del sacerdote, reclama el ejercicio, el goce natural de la sensualidad. Alexis, aunque infinitamente bello y lleno de gracia, ni quiere ni puede ser un dios inaccesible para su puro amante, al igual que el puro amante, el sacerdote, casi quiere pero no puede dejar de ser un dios inaccesible para su amado. En realidad, estamos ante la clásica dicotomía Dios / mundo, Amor divino / amor humano, Amar a Dios / amar a la mujer –un hombre, en este caso. El carácter platónico de Occidente ha seguido casi siempre este camino y, aunque sólo sea por la inevitable herencia cultural, hombres y mujeres han terminado enfrentados a su dual naturaleza.

¿Qué fue del Alexis abandonado? Sería justo escuchar también sus razones, las razones de lo que deberíamos llamar "andrerastia". Su testamento –o, mejor dicho, su denuncia- no queda en el anonimato, ya que el narrador recibió, dos meses después de abandonar el pueblo, "la carta que, memorizada por mí antes de ser quemada, decía..." ("*la carta que, memoritzada per mi abans de ser cremada, deia...*") (157). En primer lugar, el Alexis dolido le recuerda que el hecho de preservar "la belleza de una relación perfecta" ("*la bellesa d'una relació perfecta*") (156) – porque el joven hace mucho tiempo que intuye pero no acepta los argumentos del adulto- implica nacer muriendo: "A mí me queda por delante la aventura de intentar en otro lugar comenzar a vivir de nuevo, lejos de ti y de tu influencia" ("*A mi me queda per endavant l'aventura d'intentar*

en uns altres indrets començar a viure de bell nou, lluny de tu i la teva influència") (158). Quien ama, como él, en cuerpo y alma, no puede soportar más "frialdad asquerosa" ("*fredor fastigosa*") (159). De modo que, si por casualidad algo inducía al puro amante a buscarlo, más le vale que se abstenga de perseguir a un ser inexistente: "No lo hagas jamás: yo, desde ahora, desde hace ya días, he dejado de existir" ("*No ho facis mai: jo, des d'ara, des de ja fa dies, he deixat d'existir*") (159). Los verdaderos platónicos silencian sus debilidades sensuales y obligan a los demás a silenciarlas, aunque éstos últimos se rebelan a veces vengando a todos los Alfreds Douglas del mundo: "La misma noche en que te vi por primera vez, comencé a amarte. Ya está dicho. Acabo de dejar escrita... la única cosa que quería decir con todo el conjunto de palabras que, día tras día, te he dirigido" ("*La mateixa nit de veure't per primera vegada, vaig començar a estimar-te. Ja està dit. Acab de deixar escrit... l'única cosa que volia dir amb tot el conjunt de paraules que, dia rere dia, t'he dirigit*") (159-60).

¡Hablar! ¡Hablar! Alexis quería hablar:

"... pero tú siempre enmurallado... de hecho, poco más se podía esperar de quien, como tú, vive de licores intangibles. De nada palpable parece recibir estímulos. ¿De qué materia estás hecho que sólo te excita lo distante? La vida del más allá, el mundo clásico, aquel pino de la cima... ¡Qué complexión más distinta a la mía, ahora lo veo! ¡Qué reino imposible has representado para quien, como yo, se siente precisamente sometido por la presencia!"

"... però tu sempre emmurallat (160)... Ben mirat, poca cosa més es podia esperar de qui, com tu, viu de llecors intangibles. De res palpable sembles rebre estímuls. De quina matèria ets, que només t'excita la cosa distant? L'altra vida, el món clàssic, aquell pinotell del cim... Quina complexió mes distinta a la meva, ara ho veig! Quin reialme impossible has representat per a qui, com jo, se sent precisament sotmès per la presència!"(160).

Hay hombres metafísicos, herederos en cierto modo de todos los Platones –griegos o no- de la Historia, que no pueden vivir en la Presencia-Existencia: "En realidad... distraído, soberbio, siempre perdido en la lejanía, nunca viste cuál era mi forma de ser presente" ("*Ben mirat... distret, superb, sempre perdut dins la llunyania, mai veieres quina era la meva forma de ser present*")... "Tú, empeñado en ser sacerdote cada minuto del día, me adoctrinaste. Pero he de decirte que jamás podré hacer más unas convicciones que hicieron posible que no advirtieras que tú y yo éramos, ante todo, un cuerpo junto a otro cuerpo. Lejos de asumirlas las maldeciré siempre" ("*Tu, entossudit a ser sacerdot cada minut del dia, bé que m'adoctrinares. Però t'he de dir que mai podré fer meves unes conviccions que varen fer possible que no t'adonassis que tu i jo érem, part damunt de tot, un cos vora un altre cos. Molt lluny d'assumir-les les maleiré sempre*") (160-61). El sacerdote, el educador necesitaba un alumno, no alguien a quien amar, y Alexis le recuerda que la pedagogía a menudo va acompañada de amor, pero el Amor, finalmente y en su caso, no se agotó en la pedagogía.

"Por encima de todo, yo era un cuerpo ardiente que se prolongaba en ti... De aquel imaginar mío y de un desesperado acopio de coraje, resultó aquel abrazo que –no lo olvidaré jamás- no correspondiste. Fue, por mi parte, una frenética ascensión hacia el placer total que tú, de manera injusta, truncaste brutalmente. Y es que, tan huidizo, no quisiste dignarte a acoger en tus brazos, aunque sólo fuera de la manera más instantánea y paternal, a quien, en aquel momento, podía ser para ti nada más que un animalillo

humano aterrorizado por la tempestad¹¹. Jamás podrás compensarme por el mal que me hiciste con aquella actitud tuya, dimisionaria de todo”.

“Part damunt de tot, jo era un cos ardent que es perllongava en tu (161)... D'aquell imaginar meu i d'un desesperat arreplegament de coratge, en fou resultat aquella abraçada que -no ho oblidaré mai- no correspongueres. Fou, de part meva, una frenètica ascensió cap al plaer total que tu, de manera injusta, brutalment estroncaves. I és que, tan esquerp, no et volgueres dignar a acollir dins els teus braços, ni que fos de la manera més instantània i paternal, a qui, aquell instant, bé podia passar, als teus ulls, per no ser més que una bestiola humana aterrada per la tempesta, Mai me podràs compensar pel mal que me feres amb aquella actitud teva, dimitidora de tot” (162-63).

¿Cómo esperar que quien se ausenta y dimite corresponda? ¿Cómo se puede compartir el mundo con quien no quiere habitarlo?: “Deseé un mundo donde sólo tú y yo existiéramos” (*“Vaig desitjar un món on solament tu i jo existíssim”*) (163). Vivir así “era, ante todo, un despropósito” (*“era, part damunt de tot, un despropòsit”*) (164). Lo era porque el amante, el sacerdote, lógico seguidor de una tradición sacralizada, “ha muerto” también hasta ser –me limito a enumerar los adjetivos que el novelista le asigna: “frío, asesino de vidas y de palabras, enmurallado, catador de licores intangibles, insensible a los estímulos, ausente, distraído, soberbio, perdido en la lejanía, terco sacerdote, educador, incapaz de corresponder, truncador de placeres, huidizo y dimitente”.

No querría terminar sin referirme a la sugerencia frecuente en el sentido de que *Los dioses inaccesibles* de Miquel Àngel Riera presenta algún punto de contacto con lo que Thomas Mann trató en *Muerte en Venecia*. No lo creo en absoluto. Nadie niega que la Belleza encarnada espontáneamente en un cuerpo adolescente hace igualmente acto de presencia en la novela del escritor alemán. Pero, ¿acaso hay alguna coincidencia más? Von Aschenbach se deja seducir, y, aunque presiente la muerte, la acepta. No, no es la referencia alemana lo que, a mi juicio, nos puede ayudar a entender a este párroco de pueblo enamorado de Alexis. Fijémonos en que el nombre del joven es griego y que el educador, salvando todas las distancias y el hecho de tener sólo veinticinco años, podría ser Sócrates. Sin duda, el gran filósofo y ciudadano ateniense experimentó en carne propia el proceso que va desde la necesidad de los sentidos hasta su rechazo. El Sócrates pre-adulto creyó a buen seguro que la belleza de los adolescentes era una buena plataforma para alcanzar la Belleza ideal que apenas atisbaba. Pero el Sócrates maduro, dueño y beneficiario de una larga e intensa práctica filosófica, ha aprendido a hacer las abstracciones necesarias hasta situarse en la Ciencia del Bien, susceptible, como tal ciencia, de ser enseñada a quien quiera, bello o no, convertirse en su alumno –recordemos las palabras de Diotima: ‘Si alguna vez la llegas a ver, no te parecerá comparable ni con el oro, ni con los vestidos, ni con los adolescentes y jóvenes bellos, ante los cuales ahora, cuando los contemplas, te quedas extasiado y, viéndolos y estando siempre con ellos, estás dispuesto –no sólo tú sino también muchos otros-, si de algún modo fuera posible, a no comer ni beber, sino sólo a contemplarlos y gozar de su compañía’ (ὁ ἐάν ποτε ἴδῃς, οὐ κατὰ χρυσίον τε καὶ ἐσθῆτα καὶ τοὺς καλοὺς παῖδας τε καὶ νεανίσκους δόξει σοι εἶναι, οὐς νῦν ὀρώων ἐκπέπληξαι καὶ ἔτοιμος εἶ καὶ σὺ καὶ ἄλλοι πολλοί, ὀρώωντες τὰ παιδικὰ καὶ συνόντες ἀεὶ αὐτοῖς, εἴ πως οἷόν τ' ἦν, μήτ' ἐσθίειν μήτε πίνειν, ἀλλὰ θεᾶσθαι μόνον καὶ συνεῖναι –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991)¹². El primer Sócrates es un enamorado, el segundo un maestro, y, puesto que el proceso es irreversible, a todos los alumnos, empezando por Platón, se les enseñará a prescindir cada vez

¹¹ El novelista parece sugerir, pues, que el joven quizá no sólo pedía pero se hubiera contentado con este grado de contacto físico. En caso contrario, es obvio que el sacerdote no sólo debía detenerse por razones éticas, sino por la presión disuasoria del código penal.

¹² *Smp.* 211d.

más de los sentidos en favor de la mente, del *noûs*, único instrumento válido para captar la Realidad Intangible. El pobre Alcibíades, muy atrasado él y dueño de una belleza física muy desprestigiada a ojos de Sócrates, cree tener armas todavía para seducirlo intercambiando belleza por Belleza intelectual, pero el gran maestro de Grecia y de Occidente le advierte: ‘Intentas conseguir algo que es bello de verdad cambiándolo por lo que lo es en apariencia’ (ἀλλ’ ἀντὶ δόξης ἀλήθειαν καλῶν κτᾶσθαι ἐπιχειρεῖς –la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991)¹³.

Todo esto lo explicó y sistematizó Platón. El cristianismo lo descubrió y lo adoptó para explicar su Verdad, una Verdad religiosa y “científica” –es decir, teológica- que sería enseñada por sabios y clérigos cristianos a lo largo de los siglos. Quien se hace sacerdote recibe esta ciencia y sale del seminario con pleno conocimiento de lo que es intangible. El ejercicio de su ministerio, sin embargo, lo “lanza” de nuevo al mundo y lo pone en contacto con seres que pueden parecer la encarnación pura y simple, carnal, de la Gracia divina, de Dios. Pero Dios es sagrado, es Espíritu, y para amar al Espíritu el cuerpo le es prácticamente un estorbo. Da igual que los sentidos se rebelen y le hagan “sentir”. Si la Verdad se halla en otro ámbito, si no hay que confundir la Luz con su pobre reflejo, su deber es evitar este último como a un espejismo, huir de la realidad inmediata y abrazar, esta vez sí, una Realidad superior.

¹³ *Smp.* 218e.